

# El mundo del libro

Escribe: AGUSTIN RODRIGUEZ GARAVITO

SITIOS, SUCESOS, PERSONAJES CARA-  
QUEÑOS—Por Héctor Parra Márquez—Caracas.  
Venezuela.

Héctor Parra Márquez nos entrega este nuevo libro suyo, que viene a enriquecer la bibliografía venezolana. Como siempre esta nueva obra del historiador venezolano es una afortunada imagen de su trasegar intelectual. La historia para algunos historiadores constituye apenas un curioso acarreamiento de materiales, una sucesión de anécdotas ya desjugadas, un fichero gigantesco. Los historiadores han matado su mismo trabajo, podríamos afirmar. Prosa cansina, lenta, sin concesiones a la gracia, horra de imaginación. Legajos de documentos más o menos verídicos pero nada más. Por esta razón es sorprendente el trabajo intelectual de Parra Márquez. Porque sus obras, sin perder densidad, nos llegan en un estilo vivo, cruzado de aletazos creadores. Parra Márquez no es un simple maniático de datos, un escritor de aquellos que acarrear material en una horripilante tarea de eruditos. Es preciso crear, darle una organización a los elementos que nos suministra la historia, que debe fluir y no remansarse mediante diques que coloca el historiador para sestear mejor sobre los infolios.

Parra Márquez es un escritor-nunciador como hay pocos ejemplos en esta América nuestra que requiere un nuevo idioma, una dimensión auténtica de cultura. El gran historiador venezolano entra en la materia, escarba en los datos, busca la parte más substancial de aquello que nos dejó el tiempo como trasegar de unos hombres. Porque además de historiador es sicó-

logo, sabe construir y alertar con inteligencia y escudriñar allí donde otros apenas sí hallan lo epidérmico y fortuito. Sus evocaciones de este libro suyo tienen fuerza, resplandor, viven una nueva existencia. Los personajes, los sitios, los hechos, el mundo crepitante, toda Venezuela de un tiempo ido viene hasta nosotros fresca, tibia, por la magia del estilo de Parra Márquez. Quien ha sabido darle a sus trabajos aquella calidad esencial para que no ruede lamentablemente al olvido.

Docencia, luz, paciencia, hallazgo, todo encuentra el lector en esta obra que honra al grupo de escritores de una Venezuela nueva, que busca tercamente los caminos del porvenir.

\* \* \*

THESAURUS—Boletín del Instituto Caro y Cuervo—Bogotá—Colombia.

Nos hemos referido siempre a los trabajos intelectuales del “Instituto Caro y Cuervo”, como la mejor y más pura expresión de nuestra cultura. Pero no solamente aquella que rastrea nuestra autonomía, sino una más amplia, la que atiende al genio e ingenio de la inteligencia en sus diversos mundos espirituales. El pensamiento de gentes que en verdad están cumpliendo una tarea nobilísima de ampliación de los estudios humanísticos, tiene resonancia indudable en este Boletín del Instituto. No solamente busca convocar a los escritores especializados, que ya significaría un gran aporte a este mundo de las ideas, sino que el Boletín recoge con apasionado interés todos aquellos temas que pueden interesar a quienes viven en función mental, con ánimo de escrutar en las canteras del idioma, en la vigencia de otras culturas, en el flujo y reflujo del pensamiento.

Es tanta la importancia que *Thesaurus* tiene actualmente que constituye publicación de obligada consulta por especialistas de lingüística, por profesores universitarios, por la gente estudiosa. Todos los trabajos del Boletín tienen un interés auténtico, ya que son la expresión exacta del pensamiento vivo, orgánico de quienes batallan por dignificar al hombre, por sentar las bases de un mundo en el cual la razón, el buen apetito de la inteligencia, tengan cabal expresión.

*Thesaurus*, es, en consecuencia, una publicación de verdadera significación en nuestro mundo de las letras, tan enano por muchos aspectos, de frutos pobres y entecos. José Manuel Rivas Sacconi y el espléndido grupo de sus investigadores están ampliando de verdad los horizontes del pensamiento de una Colombia que necesita andar nuevos caminos con voluntad creadora.

\* \* \*

HISTORIA DE LA ETERNIDAD—Por *Jorge Luis Borges*—Buenos Aires—Argentina.

En una bella edición ha sido reeditada esta obra de Jorge Luis Borges, el gran escritor argentino. Y nos ha llegado como regalo de un culto amigo argentino, cuya amistad nos escudó durante nuestra estancia por los países del Sur del Continente. Para muchos escritores constituye empresa ardua la lectura de Borges. No es accesible su estilo y su pensamiento al común de los americanos. Por lo demás, justo es confesarlo, Borges ha querido ser, salvo algunos de sus libros, un intelectual de tipo universalista, sin fuerte arraigo en este mundo telúrico. La estructura de sus libros es algo que tiene relación con la Filosofía y la Matemática pura. Mucho son los meandros ideológicos, las curvas y los ascensos alpinistas de la prosa borgiana. No es propiamente un escritor para sobremesa, ni para el ocio del campo. Es preciso penetrar con linterna de luz sorda en este laberinto. Un proceso de adaptación antes que de lectura común. Porque Borges, discípulo de filósofos alemanes, particularmente de Federico Nietzsche, no se deja sorprender por nuestra mentalidad que escruta. Se escabulle y el lector queda atrapado en esos túneles en los cuales las estructuras mentales son simultáneamente “lineales y profundas”, como ha escrito lúcidamente Ernesto Sabato.

Esto acontece con el regreso a *Historia de la eternidad*, de Borges. Su obra, su prosa como arquitectura, constituye un mapa de corrientes, valles, escollos y rastros. Sin faltar el tremendo laberinto en el cual nos perdemos sin atinar con la salida. Los grandes ejes del pensamiento universal son tarea de investigación y análisis en la prosa borgiana. Pero creemos que todas estas elaboraciones y alambiques cerebrales de Borges no son la autenticidad, la desesperación, el drama de esta América que

deben testimoniar sus escritores si no quieren que su tarea esté irrevocablemente condenada al olvido. Borges, en lo que tiene de americano, en sus libros que se enraizan en el solar nativo, crepúsculos, calles de Buenos Aires, algún pensamiento sobre la pampa decantada, es el verdadero, el testimonial. Y posiblemente este trazo de su obra será el que permanezca de su labor estilística. Asomarse al mundo propio, patentizar lo autóctono, sentir el vaho que asciende de la tierra sustentadora.

Borges se salvará, pues, en su testimonio de americano. Sus álgebras intelectuales no aportarán nada a su nombre

\* \* \*

MINERVA EN LA RUECA—Por *Jorge Zalamea*.

No es fácil resignarse al hecho de la muerte del escritor colombiano Jorge Zalamea. Su vida de intelectual constituye una hazaña vital sin antecedentes en este siglo en el cual vivimos de rectificaciones y acomodaciones. Zalamea mantenía, erguidas, las almenadas torres de su orgullo. Mientras otros hacían de la literatura un arma para viles trapacerías, Zalamea testimoniaba, hincaba su herramienta maravillosa, en los hechos y los hombres. Muchas veces estuvimos en desacuerdo con sus tesis. Particularmente cuando se dejaba conducir de las ideas socialistas que negaban al hombre y admitían únicamente la calidad de la masa. Contrariando así lo profundo de su espíritu y el trabajo egregio de su estilo literario.

Tenía, sí, muy claro el sentido de la responsabilidad del hombre de letras en un mundo sin esperanza. Era la suya una prosa trabajada como una efigie noble. Su taller de forjador le servía para modelar con pujanza y hermosura un lenguaje rico en sentido expresivo, en capacidad de dar todos sus jugos. Acerbos jugos muchas veces. Otras, con la dulzura que gotea el oro de una naranja madura, sobre la piel de un niño. Intensa la emoción y profunda, además, la penetración suya en la substancia intelectual. Algunas veces el dogmatismo hizo menos viva su palabra. Otras, era embrujo, canto, limpia calidad idio-

mática con toda su fuerza gorgónica y barroca. Testificar es también una forma de agonía, un estar cuando todo se convierte en ceniza.

Espíritu de extrañas fosforecencias este de Jorge Zalamea. Entendió la vida y la literatura como una aventura del espíritu, pero también como una forma de darse, de entregar lo más íntimo del hombre. Era el suyo un estilo barroco. Su arquitectura tenía sombras y luces, alquitrabes lanzados al espacio, columnatas churrigüescas, saetas disparadas hacia los cielos. Recobró y limpió muchos vocablos antañones y trajo nuevas expresiones al lenguaje, en una labor titánica. Era la suya una vida que se desgarraba frente a los conflictos. Su laberinto mágico poseía galerías, sinuosidades, caracolas, todo ello fruto de un barroquismo que es también una forma de acercarse a Dios que es el infinito.

Muchas de sus obras han sido traducidas a diferentes idiomas. Viajó, conoció mundos, testificó. Sus amistades no fueron nunca las de los financistas impacientes, las de los nuevos ricos de vientre plácido de pechuga, sino la de esos hombres atormentados que luchan por un mundo mejor para los pobres, los hambrientos, los tarados, los burriciegos, los haraposos, los paráliticos, esa humanidad que un día Cristo levantó del polvo para anunciarle la buena nueva de un mundo mejor.

Denunció la monstruosidad de muchas injusticias en una prosa de las mejores que se han escrito en América. Gemela de la de Leopoldo Lugones en *La guerra gaucha*, su estilo no deja herederos en la literatura colombiana. Ahora, releendo su libro *Minerva en la rueca*, es como podemos apreciar lo que significó Zalamea en el universo de la literatura. Sus evocaciones son prodigiosas. Su capacidad de entender los fenómenos intelectuales, verdaderamente pasmosa. Su musicalidad exacta. Y siempre ese crepitante mundo de las formas que acusan las máscaras del dolor y la muerte, del gozo y del desgarramiento.

En verdad, Jorge Zalamea, constituyó una ejemplar vocación literaria. Su conciencia gobernaba su pluma. No quiso ser un humanista contemplativo, sino un testigo verídico de un mundo leproso, gobernado por la falacia y el dinero. Las letras, en lo que tienen de universal, han perdido con su muerte en este mayo de las flores y de las sinfonías en blanco, un varón ejemplar, un lúcido espíritu, un hombre vinculado a su tiempo y desvelado por sus signos amargos.